

Añade que el 7 de Julio por la noche, en el momento en que dejaba á Armand, éste queria que se quedase á comer con él.

La señora Bardou (Josefina), sombrerera en Montpellier.—El 7 de Julio, el señor Armand, á quien conocia, se presentó en su casa para comprar un panamá: no tenia y le enseñó otros sombreros de entre los cuales separó algunos, rogándola los enviase á su casa para que su mujer escogiese uno.

Los envió en el mismo día á cosa de las cuatro ó las cinco.

El señor Presidente manda leer la declaracion del testigo Juan, director de las mensajerías, la cual dice de este modo:

«A la noche, entre siete y siete y media, encontré al acusado con quien hablé media hora, encontrándole tan tranquilo, que cuando supe la acusacion de que era objeto, quedé altamente sorprendido.»

Bosch (Desiderio), comerciante en Montpellier.—El 7 de Julio, á cosa de las ocho de la noche, encontrándose en el boulevard del Jeu de Paume con el señor Biquet, encontraron al señor Armand que corria. Rogóles éste que subieran á casa del comisario central y le digieran que fuese á su casa. El comisario central no estaba en su casa; un agente de policía les ofreció que iria á buscar el comisario de barrio. Volvió veinte minutos despues: el testigo acompañó al señor comisario de policía á la casa del señor Armand y bajaron juntos al subterráneo.

Durante este tiempo, el señor Armand temiendo que el comisario de barrio estuviera ausente, habia suplicado al señor Biquet que fuese á la plaza de la Comedia á buscar otro.

El testigo dá cuenta del estado en que se encontró á Roux en el subterráneo, con las manos y los piés atados.

El señor primer Presidente.—¿Cómo estaban atadas las manos de Roux?

El señor Bosch.—Estaban atadas por detrás separadamente. Existia entre los dos puños una distancia de 10 á 12 centímetros. Tenia diez vueltas de cuerda en un puño y dos ó tres en el otro.

El señor primer Presidente.—¿Os fijasteis de una manera especial en este detalle?

R.—Estaba delante del cadáver y lo vi perfectamente.

P.—Decís de un cadáver, ¿luego estaba bien malo Roux?

R.—Ya lo creo, pero aún respiraba.

El señor Lachaud.—¿El testigo reconoce que con independencia de la separacion que existia entre las dos manos, vió que en una mano habia un gran número de vueltas y en la otra dos ó tres tan solo?

R.—Sí, señor.

El señor Armand hace observar que cuando rogó al testigo Bosch que fuera á buscar al comisario de policía Bayssade, habia ya ido él mismo y no habiéndola encontrado, volvía por segunda vez, corriendo.

Vigouron (Melania).—Vive enfrente del comisario de policía. Como su despacho estaba cerrado cuando se presentó el señor Armand, ella fué la que le indicó el despacho del comisario central.

Fraiche (Leon), sacerdote.—En la noche del 7 de Julio, á cosa de las nueve, se encontraba en el jardin del Presbiterio con el señor cura-párroco, cuando el sacristan de la parroquia de Saint-Denis fué á advertirle que se le llamaba para que fuese á ver á uno que se habia ahorcado y que era criado del señor Armand.

El testigo, en vista de que estaba algo enfermo el señor párroco, fué en seguida. Su primer cuidado fué ver á la señora Armand á quien encontró muy afligida y que hizo le acompañasen al cuarto del enfermo. Encontró á éste en un estado de estupor, de inmovilidad completa, como si hubiese estado bajo la accion del cloroformo.

Habia allí muchas personas, entre las cuales se hallaba el señor procurador imperial, el doctor Surdum se hallaba al lado del enfermo. Preguntóle el testigo si el peligro era inminente: respondióle que no, que podia volver mas tarde para cumplir con su ministerio. Al oír esta respuesta del médico se retiró. Volvió á las diez: no habia en el cuarto sino el señor Armand y el comisario de policía Bayssade; éste se retiraba. Acercóse el testigo al enfermo que se encontraba en el mismo estado; preguntóle si se encontraba un poco mejor, no contestándole ni con palabras ni con signos. Entonces el señor Armand dijo

que no se fatigase al enfermo porque el médico lo habia ordenado así. Saludó al señor Armand que le pidió noticias del cura de Saint-Denis, y se marchó.

Interpelado por el señor Presidente por haber atribuido al señor Surdum estas palabras: «No desespere de salvarle,» el testigo repite que el médico le dijo que no habia ningun peligro, y esperaba reanimar sus fuerzas vitales.

El acusado habla un momento con sus defensores, y el señor Lachaud dice:

El señor Lachaud.—El señor Armand desea que hagamos observar á los señores jurados que hemos citado al abate Fraiche, porque parecia, segun la declaracion de Roux, que el señor Armand habia rechazado este eclesiástico.

El señor procurador general.—El no lo sabia.

El señor Lachaud.—Esto se encuentra en su declaracion, y precisamente porque no debia saberlo es por lo que queremos que se aclare la verdad.

El señor procurador general.—El señor juez de instruccion, dos ó tres dias despues del suceso, habiendo oido esta especie, preguntó á Roux si recordaba quien se lo habia dicho. No pudo éste recordarlo; despues se oyó al abate Fraiche y desmintió el hecho.

Charles, notario en Bellegarde.—Encontrábase el viernes último (Marzo) en el café Parant de Nimes, y hablaba con algunas personas sobre el proceso Armand. Habia allí un extranjero que no tomaba parte en la conversacion. En el momento de salir les dijo al testigo y á sus interlocutores: «El negocio Armand es un mal negocio. Yo he oido á Roux el último carnaval decir lo siguiente: he sido desgraciado hasta ahora; pero si un dia consigo los 50.000 francos que me propongo pedir al señor Armand, ya será otra cosa.»

El testigo no conocia á aquel extranjero; se le dijo que era un profesor.

Antes de marcharse, y con la mano puesta en la puerta, añadió: «Esto lo he oido yo, no me lo han contado. La escena tuvo lugar en Montpellier, en casa de la señora de Montcalme, en un momento en que yo me encontraba allí.» El extranjero concluyó con esta reflexion: «Si yo fuese jurado no condenaria al señor Armand, pues tengo este asunto por un asunto de dinero.»

El señor procurador general.—¿Cómo conocia ese extranjero á Mauricio Roux?

R.—Veia á aquel extranjero por vez primera, ni aun hablé con él; aceptamos lo que dijo.

El señor Lachaud.—Sabemos el nombre del testigo que oyó como salian aquellas expresiones de la boca de Mauricio Roux; se llama Louche, vive en Nimes, y si el procurador general lo quiere, se le puede hacer venir mañana por la mañana.

El señor procurador general.—Claro que lo deseo, en el caso de que trateis de invocar semejantes expresiones.

El señor Lachaud.—Debe parecer singular que llamemos á declarar á los que oyeron las expresiones y no al que las pronunció, al señor Louche. Esto consiste en que dimos instrucciones que no se han seguido. El señor Louche es un antiguo catedrático de la Universidad; estará aquí mañana y le oiremos.

Parant apoya la declaracion del testigo, confirmando que el extranjero fijó la fecha de la frase en la época del último carnaval.

Villares (Juan), repite las mismas expresiones con esta variante que Roux dijo: «Si el hecho queda probado, pediré 50 000 francos, y viviré acomodado.» Estas palabras las oyó salir de boca de Mauricio Roux el extranjero cuando cenaba con él una de sus primas, la señora de Montcalme, en uno de los últimos dias de carnaval.

Barre (Adrian), abogado del tribunal civil de Montpellier.—Conoce á Armand desde hace veinte años, y ha dirigido todos los asuntos de él y de su familia. Sus relaciones íntimas con el señor Armand datan de la época en que por muerte del señor Armand (tio) se disolvió la sociedad que estaba formada entre los dos tios y el sobrino. Poseyendo toda la confianza del hoy difunto, el testigo fué el encargado de redactar el testamento. Este fué mas bien que un testamento, un verdadero pacto de familia. El tio tenia por su sobrino todo el cariño de un padre; es verdad que el sobrino habia cumplido con él todos sus deberes como si hubiese tratado con su mismo padre. El sobrino habia sido la verdadera salvacion de la casa; á su inteligencia, á su actividad debia sin duda alguna su gran prosperidad. Así es que, cuando el tio se puso enfermo, hubo una lucha de reconocimiento

entre éste, que quería dejar á su sobrino un legado de importancia, y el sobrino que no quería recibir nada satisfecho con la posición que su tío le había hecho adquirir. La lucha tenía lugar en familia, en presencia de la esposa del testador. Resistió por largo tiempo el sobrino, y le fué necesario ceder cuando el estado del enfermo se agravó. ¿Qué hizo entonces? Aceptó tan solo el simple legado del usufructo de la habitación del segundo piso en la casa que su tío acababa de construir, y que dejaba por su testamento al señor Camilo Armand, su hijo. Pero la aceptación de este modesto legado fué una prueba mas de los sentimientos que animaban al tío y el sobrino. La idea del moribundo fué asegurar de este modo á sus hijos la fácil continuación de la bienhechora protección que su sobrino les había dispensado siempre, considerándolos como suyos.

Cosa singular! y que probaba el profundo reconocimiento del tío hacia su sobrino! estaba previsto en el testamento que si al casarse el señor Camilo Armand, la habitación del primer piso de delante no era ocupada como hasta entonces por la madre y el hijo, aquella iría á habitar el segundo piso de la parte de detrás, mientras el señor Armand habitaria el de delante. Esto, sabiendo el inmenso cariño que el moribundo tenía á su mujer, prueba lo mucho que quería á su sobrino.

Murió el tío, ¿y qué hizo el señor Armand hoy procesado? Rogó al testigo que redactase una cláusula que mas tarde hizo inscribir en los libros, mediante la cual cada año aumentaba el crédito de la cuenta del señor Camilo Armand en la suma de 1.000 francos. Así en apariencia la voluntad de su tío estaba respetada, su legado había sido aceptado, y sin embargo, no se aprovechaba de él, pues pagaba el alquiler, demostrando su reconocimiento al hijo del testador. Entra el testigo en largas consideraciones sobre la importancia comercial de la casa Armand y sobre el activo papel que siempre ha tenido el señor Armand, sobrino, en su dirección.

El señor procurador general, interrumpiendo al testigo.—Todo eso no tiene relación alguna con el proceso.

El señor Barre.—Si el tribunal encuentra que he sido demasiado prolijo, iré á sentarme.

El señor Lachaud.—Es necesario que se oiga todo, para que quede bien determinado el carácter del hombre que se ha querido suponer que se entretenía en pegar á sus criados para no pagarles, y con este objeto es interesantísima la declaración del testigo. Para mí la encuentro del mas vivo interés, y espero que considerando lo que dice el testigo, bajo este punto de vista, los señores jurados serán de mi parecer.

El testigo Barre, continuando.—A él se le confió la dirección de los asuntos contenciosos de la casa Armand. Nunca se ha visto consideración tan extremada como la que tenía el procesado con sus deudores, habiendo algunos que continúan siendo deudores en el día, y empezaron á serlo en 1842. Durante veinte años ni una sola vez se aprovechó del beneficio de la prisión por deudas, ni hizo declarar en quiebra á deudor alguno, y aún diré mas, en muchas circunstancias encontró el testigo mas preocupado al señor Armand de la suerte de algun deudor suyo que lo que este mismo lo estaba de su suerte. Durante estos debates he oido se atribuía al señor Armand un carácter violento y malo. En cuanto á mí se refiere, despues de las numerosas y diarias relaciones que he tenido con él, protesto contra semejantes afirmaciones. Que el señor Armand tiene el génio vivo es cierto; pero es al mismo tiempo en extremo generoso y extremadamente caritativo. Yo mismo he tenido que invocar su caridad, y aunque tiene la costumbre de dar durante todo el invierno grandes cantidades de pan cada semana, nunca me negó la limosna que le pedia. Servíase de una fórmula especial para conceder: «¿Qué quereis que dé?»

Hé aquí cuanto tengo que decir sobre el carácter de Armand.

Vassas (Augusto), Presidente del Tribunal de Comercio de Montpellier.—Conoce á Armand desde hace mucho tiempo, y ha tenido ocasión de ver muchísimas veces á Armand en el mismo casino que él frecuenta. Sus maneras han sido siempre afectuosas y amables. Cuando se ha frecuentado el trato de Armand mucho tiempo se ve que es de naturaleza enérgica, ardiente y susceptible de llegar á ser violenta, por mas que de esto último no haya podido ver nunca prueba alguna; pero á pesar de ser bueno, afectuoso, servicial, de corazón generoso, está dispuesto siem-

pre á mostrar su corazón, y esto con la vivacidad que se descubre en todas sus acciones.

Los comerciantes de Marsella, señores Regmonet (Luis), Jobert de Dabot, Gros (Carlos), Conte (Alfonso), Pierrot (Juan Francisco Mario), Morel (Victor Próspero) se presentan á declarar con el mayor calor los buenos recuerdos que ha dejado el señor Armand en el comercio de Marsella, á cuya Bolsa concurría para sus muchas operaciones comerciales. Probo, leal, íntegro; de tal modo lo vieron y encontraron siempre. Las frecuentes relaciones de amistad ó de negocios que tuvieron con él nunca se convirtieron en disputas ni menos en arrebatos por parte suya.

No conocen el asunto sometido al fallo del tribunal y por lo tanto no pueden dar sobre él noticia alguna.

Durand (Pedro Luis).—En 1849 ó 1850, la casa Armand compró en Flaviac una fábrica importante, el señor Armand ofreció al testigo arrendársela: no tenía el cliente los capitales necesarios. El señor Armand se los proporcionó sin otra garantía que su probidad y su palabra: «Pero vos sois vivo, ardiente, le dijo el testigo, y estaremos expuestos á no entendernos.»—«Los vivos de génio son buenos,» le contestó el señor Armand. Mas adelante, en un momento crítico, el señor Armand no titubeó en ir en su ayuda, é hizo todos los esfuerzos necesarios para salvarle. Su conducta para con el testigo fué siempre digna y generosa.

Esprit Dumas, (comerciante en Flaviac).—Entró en casa del señor Armand á la edad de 14 años. Mas tarde se asoció al señor Durand para la explotación de la fábrica de Flaviac. El testigo solo tiene motivos de agradecimiento.

Privat (Leon), médico inspector de las aguas de Lamalou.—Visitó en 1859 al señor Armand con motivo de la enfermedad que sufre desde aquella época, y de la cual le ha quedado en la mano un temblor nervioso, gracias á lo cual, el testigo puede asegurar que le hubiese sido completamente imposible el hacer las ataduras de que es cuestion en este proceso. Le vió últimamente el 29 de Abril, y era imposible que estuviera curado el 7 de Julio.

El señor Armand va cada año á los baños de La-

malou, donde le conoce todo el mundo; pero especialmente los desgraciados.

Hablando el testigo sobre las contradicciones médicas que se han visto en el proceso, dice que los médicos son hombres y por consiguiente sujetos á errores. Son como los artistas, añade, que es preciso saberlos escojer. (*Murmullos.*)

El señor primer Presidente.—Me parece que este punto está agotado.

El testigo.—Sin estenderme sobre el mérito y respetabilidad del señor doctor Tardieu, no puedo menos de decir que en este proceso ha estado como Nélaton con relación á Garibaldi. Cuando todo el cuerpo médico italiano pretendía que no había bala en la herida, él solo sostuvo que había una bala; y tanto trabajó que al fin todos pudieron verla. Pues bien! á mi modo de ver el señor Tardieu ha hecho la luz en esta causa.

El señor primer Presidente.—Creo, señor doctor, que sois discípulo del doctor Tardieu.

El testigo.—Tengo ese honor, señor Presidente.

Darvieu, (médico).—De médico que era del señor Armand llegó á ser su amigo, y no puede menos de hacer honor á lo excelente de su corazón. Por lo que hace referencia al asunto actual, debo decir que del estudio que he hecho de las declaraciones médicas, para él es evidente que Armand es inocente.

Girou (Adolfo), comerciante de Lyon.—No sabe nada del asunto criminal; pero tiene algo que decir sobre el carácter de Armand. Durante muchos años mi casa tuvo relaciones importantes con la del señor Armand, quien como hilador nos enviaba mercancías. Entre los hiladores y los comerciantes se suscitan á cada paso pequeños conflictos, y nosotros pasamos, como todos, por esas pruebas; pero debo añadir que si nuestras disputas se concluyeron pronto, fué siempre gracias al señor Armand, quien si bien tiene el génio muy vivo se calma en seguida.

En nuestras diferencias éramos nosotros los que formulábamos reclamaciones contra el señor Armand. Las discutía con mucho comedimiento, y si veía que teníamos razón, proponía en seguida condiciones para que la disensión concluyese.

Un día no fué así; ya sea porque las cuestiones fuesen mas delicadas ó mas numerosas, sucedió que

la discusion se animó por grados, y llegamos hasta pronunciar palabras ágras. Notando el señor Armand que nos habia ofendido se contuvo de pronto y dijo: «Somos bien locos en estarnos incomodando: acepto vuestras condiciones:» la disputa se concluyó y nos separamos los mejores amigos del mundo.

Al día siguiente, cuando le creíamos en camino de Montpellier nos le vimos entrar en casa. ¿Qué quería? Bien poca cosa; os ruego que no lo olvideis, porque es capital para conocer su carácter. El señor Armand no habia querido marcharse de Lyon sin apretarnos la mano y sin asegurarse de que la escena de la víspera no habia dejado recuerdo alguno molesto en nuestro corazón. He tenido que haber reclamaciones á muchos hombres; pero no he encontrado relaciones tan excelentes y agradables como las que he mantenido con el señor Armand.

Los señores Roger (Antonio), propietario; Laissac (José), comerciante; Marboutz (Beltran), contratista; Chambert (Juan Pedro), de Montpellier, rinden todos el mas completo homenaje á la lealtad comercial del señor Armand y á sus numerosos actos de beneficencia y caridad.

El señor Bonnaud (Andrés), propietario de Montpellier.—Condiscipulo del señor Armand, hacia algunos años tan solo que le habia perdido de vista. En 1836 entró el testigo en casa de Armand (tio), y puede decir en verdad que el señor Armand (sobrino), contribuyó mas que nadie, por su actividad é inteligencia á la prosperidad de la casa. En 1849, queriendo retirarse de los negocios, les hizo al señor César Martin y al testigo el ofrecimiento generoso de cederles su comercio, poniendo á su disposicion los capitales necesarios para explotarlo. Temiendo que sin la respetabilidad de su nombre, sin la ayuda de sus consejos no pudiesen ir adelante, insistieron en que el señor Armand estuviese con ellos, y consintiendo aseguró su fortuna y bienestar.

El señor Martin (César), propietario de Montpellier.—Confirma la declaracion del señor Bonnaud, y añade que al concederle en la asociacion tan generosamente propuesta una parte igual á la suya, quiso además que cada año correspondiera una suma para cada uno de 1.500 francos. El señor Armand era, no

solo el consejero de su familia, sino tambien el de todos sus amigos.

El señor Reine (Javier), comerciante de Montpellier, empleado durante cinco años en casa del señor Armand; no le vió nunca ni pegar ni aún amenazar á nadie. Cada año hacia distribuir á los pobres 12 ó 15 sacos de harina.

El señor Guizard, comerciante de Montpellier conoce al señor Armand desde hace quince años. Siempre vió en él á un hombre honrado y de buena conducta, lleno del mas ardiente desinterés, del cariño mas acendrado hácia su mujer y sus parientes y amigos, con una disposicion constante para servir á todos y ayudarlos en todo lo que necesitasen. El testigo habia ido muchas veces á su casa de campo de Saint-Marcel, y puede testificar por ciencia propia, que sus relaciones con los criados eran siempre las que debian ser.

Lafont (Augusto), guarda particular en Alais, fué á Montpellier encargado de una comision por Lucia Abraham, y declara que la mujer Poutet le confió que habia una persona que queria darle el medio de abrir un café en Lyon, y que ella tan solo tenia que buscar un lugar á propósito.

La señora Twead (Carlota Lusana), profesora en Montpellier.—Vive hace once años en la casa del señor Armand. Con frecuencia oia cantar al criado mientras cuidaba el caballo, notando que cumplia con cuidado su trabajo.

Dos ó tres dias antes del suceso dejó de cantar, de donde dedujo la testigo que estaria resfriado, ó debia estar muy triste ó preocupado.

La testigo añade que otro criado llamado Antonio tuvo ocasion de hablarle del señor Armand: «¡Oh! el señor es muy bueno, me dijo un día. Sucede que por cualquier tontería me habla alto; pero no pasan cinco minutos que ya ha pasado todo y bromea con nosotros.» Este criado estuvo muy bien atendido durante una larga enfermedad que sufrió en casa del señor Armand, quien con mucha frecuencia subia hasta el cuarto piso para informarse de él, y la señora de Armand hizo ir una hermana de la caridad para que le velara.

En cuanto al carácter del señor Armand, la testigo lo cree demasiado vivo, demasiado pronto para

que haga nada con premeditacion: en él todo es espontáneo. La testigo ha oido decir por el señor Camilo Armand, su propietario, que si él poseia algunas buenas cualidades, se las debia á su primo, quien nunca habia dejado de vigilar sobre él desde su infancia.

La testigo concluye así: «En cuanto á la señora de Armand, la creo tan bien nacida, que á un cuando hubiera tenido un marido malo, le hubiese manifestado el interés y respeto que se debe á un marido. Es de tal manera esclava de sus deberes, que nunca hubiese dejado de rodearle de los mayores cuidados y respetos; pero para demostrar un amor tan heroico como aquel de que ha dado pruebas durante todo este invierno, es necesario, absolutamente preciso que su marido no fuese malo.»

Juan Francisco.—El testigo estuvo cinco años al servicio del suegro del señor Armand. Tuvo necesidad de cierta cantidad para pagar una deuda; el señor Armand se la prestó. Mas tarde, despues de la muerte de su suegro, fué á entregarle aquella suma, y éste le dijo: «Guardadla. Mi suegro hubiera obrado así. Si él no ha podido hacerlo yo lo hago por él.»

El señor Lamouroux, propietario de Beziers, á quien conoce desde hace treinta años, ha visto al señor Armand en multitud de circunstancias demostrar la mayor solicitud por sus criados, especialmente en el campo.

El mismo testigo ha tenido oportunidad en un asunto importante que le atañia de poder apreciar su buen corazón. Une de sus amigos particulares fué envuelto en una quiebra por una suma de gran consideracion. El señor Armand se puso generosamente á su disposicion, é hizo diferentes viajes para servirle.

El mismo testigo fué deudor de favores con el señor Armand en 1838, y aprovecha esta oportunidad para darle público y solemne testimonio de su agradecimiento. El señor Armand, añade, es un hombre de honor, de gran corazón y de desinterés como yo no he conocido á ninguno.

El señor Petit (Juan Bautista), comisario de policía en Cette, era comisario de policía en Mauguot cuando el altercado entre el señor Armand y Blanc.

TOMO II.

El señor primer Presidente dice que no tiene nada que preguntar al testigo.

El señor Durand (Jacobo).—Durante mucho tiempo mayordomo en casa del señor Camilo Armand, no ha tenido sino ocasiones para alabar al señor Armand.

La señora Vergne (Juana), esposa de Jacobo Durand, cafetero en Mauguot, vió á Roux que hablaba con Fouchat. Este le preguntaba: «¿Estais contento con vuestro amo?—Si; le contestó Roux.—Pues bien; yo no puedo decir lo mismo. He pleiteado con él y no ha querido pagarme.»

Donadieu (Blas).—Hácia el fin de Junio se encontraba delante del café de Jacques con el señor Boucharin y Mauricio Roux; Fouchat pasó y Roux le invitó para que se sentase. El testigo oyó como Mauricio Roux contaba á Fouchat que uno le habia propuesto un duelo á pistola (cree el testigo que se trataba del señor Félix); pero que éste era demasiado cobarde y faquin para batirse con él.

El señor Julio Favre.—Esto completa la fisonomía de este héroe de comedia.

El testigo conoce al señor Armand desde hace mucho tiempo, al señor Armand, el cual es un hombre muy popular. Hablaba con él frecuentemente de agricultura y de economía rural. «Si todo el mundo, decia, hiciese producir á la tierra lo que la hacemos producir nosotros, la sociedad seria dichosa y no faltaria ocupacion á los trabajadores.»

El señor Lachaud.—¿Propuso el testigo al señor Armand de parte del Maire el nombrarle del Consejo municipal?

R.—Si; pero el señor Armand rehusó.

El señor Lachaud.—Renunciamos á los demás testigos.

El señor primer Presidente.—¿Renunciáis á los demás testigos?

El señor Lachaud.—Es preciso renunciar hasta á las cosas mejores.

Al día siguiente, á las nueve de la mañana, la sala estaba llena por completo; tan llena que habia dos veces mas personas de los que podia contener; todos los sitios estaban ocupados, áun los de los stenógrafos. El lleno era tal, que el señor Presidente se vió precisado á hacer evacuar toda la parte superior de la sala á fin de dejar libres los asientos privilegiados.

La ejecucion de esta medida tuvo lugar con el mayor orden.

Al empezar la audiencia se oye al señor Louche (Joaquín), profesor de contabilidad mercantil y de dibujo en Nîmes, citado por la defensa. Declara que oyó el martes de carnaval, en el momento en que salía del café del Palacio en Montpellier, una conversacion entre tres señores. El uno de ellos pronunciaba poco mas ó menos estas palabras: «Me ha dicho que pediria 40.000 francos para montar un café.» Otro le contestó: «Vamos, quiere vender la piel del oso antes de haberlo matado.» Extranjero en la ciudad, no queriendo que creyesen que estaba escuchando, no hizo pregunta alguna y se marchó á casa de un pariente donde estaba invitado á cenar.

El señor Lachaud.—No insistimos sobre la declaracion de este testigo.

El señor primer Presidente.—El señor procurador general va á hacer uso de la palabra. Deseo que estos debates conserven siempre hasta el fin toda la calma y decoro que les conviene. Si se llega á producir el mas ligero signo de aprobacion ó desaprobacion, haré inmediatamente que se desocupe la sala, y mañana quedaria prohibida la entrada á la audiencia para todos.

Señor procurador general, teneis la palabra.

ACUSACION ORAL ANTE EL JURADO.

El señor procurador general Merville.—Al anunciaros, cuando empezaron estos debates, que serian largos y por demás cansados, estábamos en lo cierto tal como yo mismo pensaba: gracias á los incidentes que se han sucedido, la realidad ha superado con mucho á mis esperanzas; pero no me equivoqué, y de ello me congratulo, cuando decia que vuestro sacrificio estaria á la altura de vuestros deberes: por largos que hayan sido estos debates siempre habeis estado atentos con la mayor religiosidad, y mis primeras frases á vosotros deben ser dirigidas para daros las mas expresivas gracias. Caminamos hácia el término por mas que aún falta bastante para alcanzarlo, y lo único que os ruego es que lo que habeis oido con atencion lo apreciéis con inteligencia. Para ayudaros en esta parte la ley me ordena os

preste mi concurso; tengo poca confianza en mi palabra, pero tengo mucha en la causa que defiendo: la verdad tiene tambien su elocuencia, y para mí, señores, no ambiciono otra que la que resulte de presentaros la verdad.

Ante todo; ¿cuál es ese crimen que estais llamados á juzgar; ese delito que tanto conmovió á la ciudad de Montpellier, y que, segun el mismo acusado, tanto lo apasionó? Lo confieso, tal como se presentaba en su origen, parecia de naturaleza tal que debia producir ese efecto y hasta excusarlo, si la pasion pudiese ser alguna vez excusable.

El 7 de julio, á cosa de las ocho de la noche, se encontró un hombre en un subterráneo cerrado con llave, por lo que fué necesario hacer saltar la cerradura. Estaba aquel hombre tendido en el suelo, ó mejor, sobre los pedazos de carbon que cubrian el suelo; la cara se apoyaba sobre el carbon que la ennegreció; el cuello de aquel hombre estaba apretado por una cuerda que lo estrangulaba, sus manos estaban atadas por otra cuerda que las fijaba en la parte posterior del cuerpo; por último, las piernas estaban atadas por el tobillo con un pañuelo. Tenia frias las extremidades, frios todos los miembros, los párpados cerrados, el rostro pálido y de su boca se escapaba un fétido olor. En una palabra, y segun la expresion del procurador imperial, aquel cuerpo sin movimiento, sin calor y sin voz, *mas tenia las apariencias de un cadáver que la de un sér viviente.*

Vivia, sin embargo, por mas que transcurriese algun tiempo sin que se pudieran abrigar serias esperanzas de volverle á la vida. Vedlo ya en manos de los médicos que se apresuran á cumplir con su deber, y que lo cumplen de la manera mas acabada. Ved á la justicia que tambien tiene que cumplir el suyo, informándose, examinando y comprobando; ved, por fin, á aquel hombre cuya actitud es tan convincente que parece imposible se le pueda sacar de aquel estado, á aquel hombre, que está de tal modo, que todos, con una voz unánime, y sin que se notase la menor disparidad, dicen: *Se trata de un delito; se trata de un asesinato.*

Pero, ¿quién era el criminal? Al llegar aqui todos se perdian en conjeturas... La victima habia sido reconocida por Mauricio Roux cochero del señor

Armand. Roux era un hombre dulce, obediente, inofensivo, ¿qué enemigo podia tener tan cruel, tan arrebatado por el deseo de venganza, no solo para que tratase de matarlo, sino para usar ese lujo de precauciones bárbaras de que ya teneis noticias? Alguien, y ya sabéis quien, insinuó entonces que Roux era hombre de mala vida y costumbres, y que tal vez la venganza de alguna querida abandonada era la que le habia puesto en aquel estado lamentable.

¿Debia añadirse un capítulo más á la larga y trágica historia de los homicidios por celos? No, señores, los celos no entraban para nada en el cruel tratamiento de que habia sido victima Roux. Un sentimiento bien diferente y en apariencia inexplicable habia inspirado la comision del delito, al menos, esto fué lo que dijo la victima así que pudo, pues esta victima, cuyo asesino habia querido asegurarse el silencio eterno, habia concluido por recobrar la palabra con la vida, habia concluido por entender, por hacerse entender, y al fin, por hablar.

¿Y que dijo entonces? Dijo, mantuvo y repitió.... ¿pero qué digo? repite aún hoy dia que su asesino era su mismo dueño.... el cual habia seguido á su desgraciado criado al subterráneo, le habia sorprendido en el momento en que hacia la provision de leña y carbon para la casa, le habia dado un bastonazo en la nuca, á este golpe siguió su desmayo y á este desmayo siguió su estrangulacion. Mauricio Roux no sabia nada más, sino que al darle con el baston su amo Armand, le habia dicho: «¡Yo te enseñaré si mi casa es una barraca!»

¡Cómo! ¡estrangular á un hombre por una espresion semejante! ¡Cómo! ¡ese rico, ese millonario! ¡se ha envilecido hasta convertirse en un asesino! ¡En un dia, en una hora tal vez, ese opulento negociante bajó hasta el nivel de los bajos malhechores, y esto porque en su casa se habia soltado aquella espresion banal de la que un hombre de buen sentido se hubiese echado á reír! La justicia que no conocia á Armand, que no conocia su carácter, que en los primeros momentos no tenia aún las luces necesarias para ver en medio de aquel caos, no quiso creer á Roux, y le decia: «¡Me engaños! no sobre la identidad de vuestro asesino (pues no se puede compren-

der como un hombre tan horriblemente maltratado fuese á acusar en vez de á Pedro culpable á Pablo el inocente), pero me engaños sobre las causas del asesinato. ¡Hay de fijo entre vos y vuestro amo alguna causa de odio secreto y misterioso! ¡cuánto mas atroz ha sido el delito mayor ha debido ser el odio que os profesabais! Explicaos. A lo que ha contestado siempre Mauricio Roux: «Que no habia tal odio, ni habia misterio alguno, que no se buscara por ese lado, pues no se encontraria nada.»

Y Mauricio tenia razon; nada se encontró porque no habia nada que encontrar. El crimen se explicaba de otra manera, se explicaba como antes he dicho y si necesario fuera como lo explicaré cuantas veces lo creyese necesario. Por el momento no discuto, expongo, y al querer continuar el relato de los hechos me hallo con que se encuentra ya agotado. Mauricio fué tan enérgicamente persistente; puso en sus acusaciones una firmeza tan inquebrantable; Armand por su parte se mostró tan turbado y tan violento; la coartada que invocó fué tan categóricamente desmentida, que me fué imposible creer por mas tiempo en su inocencia; fué preso y hoy dia se encuentra ante vosotros. ¿Y qué dice ante vosotros, señores?.... hélo ahí.

Dice que si hay una victima, una victima digna de ser compadecida y llorada, es él solo. ¡Él victima! —¡Lo que él, el autor de la maquinacion mas infernal, de la mas espantosa especulacion que se haya presentado nunca ante la justicia! Esta se ha visto engañada groseramente, engañada por una fábula, segun él, de la cual no ha tenido el talento de saber descubrir y desembrollar la falsedad: Mauricio Roux ha representado y representa aún hoy dia la mas infame comedia. Cuanto mal ha sufrido se lo ha causado él á sí mismo; él ha sido quien se ha estrangulado; él quien se ha atado las manos á la espalda, quien se ató los piés; él quien se tumbó boca abajo sobre un monton de carbon; él, sin duda, quien se dió un golpe en la nuca, ó por mejor decir nunca ha existido tal golpe; pero á un juego tan peligroso le faltaba un objeto; para algo se hacia todo esto, ¿cuál era el objeto?.... Es que Mauricio era un mozo avisado.... Vosotros, señores, que le habeis oido declarar en esta audiencia habeis formado un concepto diferente, de fijo le ha-